

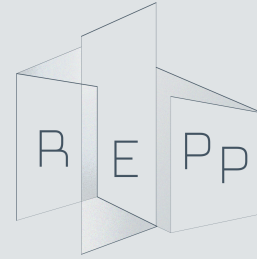
<http://dx.doi.org/10.5354/0719-6296.2022.67927>

Rev. Est. de Políticas Públicas, 8(2)

[julio - noviembre 2022], 159-170

ISSN edición web: 0719-6296

©Copyright 2022: Universidad de Chile



¿El reloj del poder o el tiempo de los pueblos? La política latinoamericana en el siglo xxi

J. Ortega ^a 

^a *Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco*

Resumen | Las evaluaciones de los acontecimientos políticos de las últimas dos décadas han permitido acceder a la comprensión de la situación ambigua en la que los gobiernos de algunos países de América Latina se embarcaron. Por un lado, a pesar de sus múltiples diferencias, el despliegue de una opción soberanista, sobre el eje de la reconstrucción estatal; del otro, las presiones y vaivenes a las que somete el mercado mundial. En este texto se abordan las líneas de demarcación más significativas de tres momentos: la resistencia social al neoliberalismo; la primigenia ocupación del Estado por parte de las fuerzas progresistas, la vuelta de posiciones que se consideraban desterradas del sentido común de la sociedad y, finalmente, un breve comentario sobre la persistencia en la búsqueda de autonomía relativa en el proceso del recambio del capitalismo global. La coyuntura latinoamericana parece demostrar que el tiempo es el de los pueblos, pero el reloj es el del poder.

Palabras clave: Progresismo, América Latina, Gobiernos de izquierda.

The clock of power or the time of the people? Latin American politics in the 21st century

Abstract | The evaluations of the political events of the last two decades have allowed access to the understanding of the ambiguous situation in which the governments of some Latin American countries embarked. On the one hand, despite its multiple differences, the deployment of a sovereign option, on the axis of state reconstruction; on the other, the pressures and fluctuations to which the world market submits. This text addresses the most significant lines of demarcation of three moments: social resistance to neoliberalism; the transitory occupation of the State by "progressive" forces and finally, the return of positions that were considered banished from the common sense of society. The Latin American conjuncture seems to show that time is that of the people, but the clock is that of power.

Keywords: Pink tide, Latin America, Left governments.

Fecha recepción: 2022-08-08

Fecha aceptación: 2022-11-23

Dirección de correspondencia [*Correspondence address*]: Jaime Ortega, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. E-mail: jaime_ortega83@hotmail.com



1. Introducción

Han pasado ya más de veinte años desde que Hugo Chávez ascendió al poder del Estado venezolano. Igualmente, son ya más de 25 años desde que la insurgencia zapatista levantó sus banderas contra el “libre comercio” y la globalización en su formato neoliberal. El cúmulo de fechas y rememoraciones pueden variar dependiendo de la nación, el simbolismo o el momento geopolítico en el que se enmarque el acontecimiento electo: la insurrección argentina del 19 y 20 de diciembre, la caída de Sánchez de Lozada en Bolivia, la derrota en Mar del Plata del proyecto del Área del Libre Comercio Para las Américas en 2005, el fraude contra Andrés Manuel López Obrador en 2006 o el golpe de Estado a Manuel Zelaya en 2009; a ellos deben sumarse las muertes de Hugo Chávez y Néstor Kichner y los golpes de estado contra Evo Morales y Dilma Rouseff.

A partir de 2018 la temporalidad política ha cambiado radicalmente, con el regreso de una práctica política plebeya: la *revuelta* protagonizada en Colombia y Chile. El fin de la alianza neoliberal establecida por los países del pacífico, a partir de triunfos de gran calado simbólico en México, Perú, Colombia y Chile.

Este conjunto de fechas, nombres y significantes han convocado a la reflexión académica y política a nombrar, bajo el ambiguo mote de “progresismo” (Elías, 2006; Rauber, 2012), a tendencias profundas de la realidad social y política. La política latinoamericana del siglo XXI no puede entenderse, en términos marxistas, sin contemplar el desarrollo capitalista cuya identidad es una escasa distribución de la riqueza y un amplio contingente humano ubicado en situación de pobreza o pobreza extrema. A pesar de este marco referencial el conflicto político ha avanzado por sendas muy distintas, según el país o el momento que se elija analizar. Sin embargo, a pesar de la diferenciación, existen líneas generales que son posibles de ubicar a partir de problemáticas comunes, motivo principal de este texto.

Los últimos años presenciaron el crecimiento de un recuento significativo de la perspecti-

va política de las últimas dos décadas, en tanto objeto teórico y político de análisis. No es para menos, los agitados años recientes hicieron sucumbir a viejas fuerzas políticas y presenciaron la emergencia de movimientos, partidos y gobiernos que plantearon un distanciamiento formal con el régimen de acumulación dominante. Esto, sin embargo, no significó una ruptura radical con la forma económica, ni tampoco un trastorno—salvo quizá en Venezuela— de la vida social y política. Fue, más bien, la emergencia de nuevos enclaves económicos lo que generó la perspectiva de construcción política hasta entonces no evaluadas como posibles o necesarias. En dado caso, la urgencia de un cambio de paradigma se volvió una realidad, que llegó a concretarse en formas institucionales o bien a enunciarse a partir de nuevas subjetividades políticas que emergían en el océano del conflicto.

Ese planteamiento se convirtió en algunos casos en un programa nacional-popular y en otros casos en una administración y gestión de una intensa y prolongada crisis social. Las dos décadas anteriores pueden ser consideradas como una gran coyuntura, en donde lo que se jugó y se sigue jugando, es un intento de transformar las relaciones políticas en su conjunto y un moderado esfuerzo de reforma económica para desmontar las claves del neoliberalismo, logrando una cierta autonomía relativa al seno del mercado mundial. Hoy, podemos decir, que ese intento se encuentra en crisis (Svampa, 2017) y en gran medida ha sido derrotado en sus versiones originales (Ominami, 2017) y enunciado minoritariamente como un proceso que no puede concluir de tajo (García Linera, 2017). Sin embargo, la persistencia ha mostrado que, ante el cambio de la forma capitalista dominante, aún existen tendencias que apuntalan dicho cambio.

Tres han sido los grandes complejos que se vieron involucrados en esta gran coyuntura histórica. Por un lado, lo que denominamos el *tiempo de los pueblos*: es decir, el conjunto de organizaciones, movimientos y experiencias partidarias que resistieron al neoliberalismo, recompusieron su programa político y su estrategia de alianzas y

finalmente pasaron a la ofensiva a partir tanto de la movilización social como de la construcción de instrumentos electorales de variada composición. Como puente entre este momento inicial (*el tiempo de los pueblos*) y el segmento último (*el reloj del poder*), se impuso en la mayor parte de los casos una urgente tarea de reconstruir la estatalidad erosionada por el neoliberalismo, sobre la capacidad de captación del excedente, es decir, se desplegó un intento de construcción de una opción soberanista. Finalmente, el enfrentamiento con *el reloj del poder*: es decir, con aquello que Marx denominó como el "déspota del mercado mundial" (Marx, 2003: 77), una economía integrada de manera global que cuenta con múltiples mecanismos de presión y negociación que impiden la construcción de alternativas más allá de ciertos marcos. Finalmente, consideramos la vuelta del "ciclo", entendido como una proyección de deseos y demandas por parte de los pueblos, bajo nuevas perspectivas, anudadas en el cambio de composición del capital.

Estos cuatro momentos movilizan la reflexión en estas páginas. Se avanzará en una perspectiva general, que permita dar cuenta de las diferencias, sobre la base de una construcción totalizante. Ello implica encontrar los marcos de regularidad, así como las especificidades que permiten comprender los fenómenos en su dinámica interna. El objetivo es trazar las principales líneas de demarcación —en su tendencia global— sobre las cuales entender los procesos nacionales. Así, la característica de esta aproximación es que delimita contornos y marcos que regulan la aparición de fenómenos específicos, permitiendo dar espacio a su singularidad, pero que, dentro del conjunto, hacen parte de un complejo más amplio. Este planteamiento nos resulta el más adecuado, pues no cede ante el imperio de la generalidad —el "progresismo" en sí y por sí mismo— sino que lo ubica en las coordenadas específicas de casos nacionales en su expresión concreta. Tampoco concede total espacio para la autonomía, entendida esta como autarquía de procesos y tendencias, que son compartidas por un amplio espectro por los estudios locales. Se trata de un dilema

metodológico o una tensión irresoluble, entre la dinámica global de los procesos y las formas específicas de cada espacio. Asumimos plenamente esa tensión y su estatuto irresoluble, sin embargo, es pertinente insistir en trabajar sobre y con ella.

2. Del primer *tiempo de los pueblos*

¿Cómo evaluar el pasado reciente en términos de acción política y de movimientos que emergen desde el suelo profundo de la sociedad? ¿Qué elementos privilegiar y cuáles subordinar? ¿Cómo plantear una revisión que contemple tanto las líneas generales permitiendo no subordinar lo específico de cada caso? Existe una veta que inundó la literatura especializada durante una buena época. A ese conjunto de trabajos, monografías, revisiones la denominamos como el primer *tiempo de los pueblos*.

¿A qué aludimos con este nombre? ¿Qué tipo de experiencias y vivencias buscan ser expresadas y retratadas? ¿Qué dinámicas, lógicas y lenguajes demandaba? Justamente que una gran parte de la sociología evaluó la situación política a partir de la movilización social y popular. Tres son, al menos, los elementos que se anudan en este registro. Primero, el registro de quien resistió la embestida neoliberal y se enfrentó a los procesos de privatización y destrucción de derechos. En un momento posterior avanzó, acumuló fuerza y retomó la ofensiva en contra de esos gobiernos que llevaban adelante distintas facetas del programa neoliberal. Tuvo una culminación en la manera en que se articularon o desarticulaban los movimientos a partir del ascenso de distintos gobiernos, la forma en que fueron incorporados, mediatizados o reorganizados dada la nueva perspectiva abierta. Este tema es el menos trabajado hasta nuestros días.

Se trata, como puede verse, de una consideración diferenciada. Aunque se emprendió la revisión desde distintos puntos de vista, sin embargo, lo que atraviesa estas perspectivas es la imposición de una temporalidad: la de la coyuntura. Pensar la coyuntura política previa a los gobiernos "progresistas" y la reconfiguración de las fuerzas

es lo que debe ser el punto de cruce en estos anudamientos. El primer *tiempo de los pueblos*, no es otra cosa que una temporalidad política en donde los grupos subalternos encuentran la capacidad de articular su iniciativa, recuperándola poco a poco después de la avalancha neoliberal, que modificó todas las coordenadas de actuación y la disposición del escenario político-ideológico. Recuérdense que el neoliberalismo emerge en el contexto de la evaporación de un conjunto de estructuras y relaciones asociadas a un régimen de acumulación que había generado nuevas subjetividades, que encuentran que los canales tradicionales de resistencia y negociación ya no operan con la misma capacidad o fuerza. Rearmar los procesos de subjetivación, a partir de una nueva perspectiva —la del mundo “global”— que superó o rearticuló formas organizativas —con la emergencia de nuevos partidos— y que conquistó un nuevo lenguaje político que permita articular a esos sectores excluidos o maltratados.

El primer *tiempo de los pueblos*, es, entonces, la conjunción de múltiples variables, articuladas a partir de la historia, la voluntad nacional-popular, la debilidad o capacidad de los actores y la forma que toma el combate político en escenas determinadas. *El tiempo de los pueblos* —en este primer momento— nunca fue binario, liso o sencillo; fue estriado, múltiple, convergente y complejo: abigarrado, en el recuerdo de René Zavaleta. Esta perspectiva, sin embargo, no debe ser un obstáculo para avanzar, aunque sea parcialmente en el desciframiento de claves conceptuales. Un cúmulo de articulaciones convocan a la comprensión de este periodo a partir de distintos puntos de contradicción y conflicto. Señalaremos, con detenimiento, los tres momentos y sus especificidades.

Comencemos, entonces, por el primer elemento, la crítica al neoliberalismo: la sociología de los movimientos sociales (González, 2016) que se nutrió de forma poderosa de esta coyuntura, pues encontró que en las dinámicas profundas de la sociedad acontecían procesos de reorganización de fuerzas en el campo popular. Ella estaba marcada por el ascenso y la prolongación del proyecto neoliberal como el marco privilegiado en

donde se reorganizaban las coordenadas tanto ideológicas como programáticas. Diversas batallas se emprendieron en este periodo: aquellas que resistieron a la privatización de los servicios públicos, las que lucharon contra las consecuencias del “libre comercio”, las que buscaron preservar derechos ganados con anterioridad. En tanto que otros conflictos, emergieron con nuevos bríos: particularmente destacan las vinculadas al problema de la territorialidad, desde entonces un concepto que ganó terreno de manera más consistente dentro de la sociología crítica, con su consiguiente puesta en tensión de derechos sobre “recursos” o bien sobre la base de perspectivas culturales, asociadas tradicionalmente a categorías como “pueblos originarios” (Zibechi, 2013).

Esa primera coyuntura puede enmarcarse en el signo de la resistencia. Un periodo de reacomodo de fuerzas, de rearticulación de espacios y de conquista de nuevas perspectivas tanto programáticas como del lenguaje utilizado para comprender el momento histórico en el que se encontraba el conflicto social. Con cierta ingenuidad se pensaba que un conjunto de demandas podría desarticular al complejo neoliberal en su totalidad. No sin problemas, esta perspectiva poco a poco fue desapareciendo cuando se aceptó que el neoliberalismo no era una etapa cualquiera, sino la forma específica del capitalismo que estaba moldeando el conjunto de las relaciones sociales, así como la subjetividad de amplios sectores de la sociedad. Una vuelta al “estado benefactor” o sus equivalentes precarios en la región resultó una utopía, pues se encontró con la transformación de las dinámicas, los lenguajes, las subjetividades y el “sentido común”. Algo se había reacomodado y era preciso construir una perspectiva estratégica acorde con las nuevas subjetividades y ello implicó tanto reforzar los vínculos con las tradiciones de lucha ancladas en la historia, como la reinención de estas.

El desgaste de los gobiernos neoliberales, el creciente descontento con los saldos negativos que dejaba en términos de distribución de la riqueza, crecimiento de la pobreza, aumento de precariedad, así como una izquierda que sor-

teó los peores años del vendaval, permitió una rearticulación de fuerzas y el empuje hacia una nueva política de alianzas. Ello no fue fácil, pues mientras algunas organizaciones se dotaron de poderosos movimientos sociales, otras tuvieron que mantenerse en estado de latencia, marcando, de hecho, una tajante división en el mapa de las resistencias.

La división de este mapa es clara. En ese primer periodo países como México, Colombia, Chile y Perú, aunque tuvieron momentos importantes e intensos de organización y movilización, no lograron concretar alguna forma de gobierno alternativa, se trató de posiciones derrotadas, en el terreno político, frente al neoliberalismo. En tanto, Venezuela, Ecuador, Bolivia y Argentina, encontraron, además de la movilización social intensa, instrumentos de acceso al gobierno, en algunos casos a nivel local y después al nacional. Finalmente, otros países, como Uruguay y Brasil, tuvieron procesos más moderados del combate y encontraron en viejas causas partidarias —bien integradas a los sistemas de partidos— su forma de expresión.

Así, podemos enmarcar entonces las principales líneas de demarcación. Toda evaluación puede remitir a alguno de los momentos: inicialmente con la rearticulación de fuerzas, posteriormente con el reagrupamiento y finalmente con la ofensiva que emprenderán. Igualmente, es posible distribuir la intensidad de estos procesos, pues en algunos estuvieron por fuera del esquema pre-dispuesto por el sistema político y en otros encontraron cabida por expresiones tradicionales, aunque reformuladas (siendo el PT brasileño o el "peronismo" los ejemplos más clásicos). Finalmente, su impacto en el conjunto del orden social, puede ser otra forma de comprensión, pues en algunos países lograron concretar cambios en la estructura del gobierno de manera más o menos rápida, en tanto que en otros el tiempo fue mucho más prologando o nunca ocurrió por esta vía.

El agrupamiento que hemos hecho antes sirve solo como guía o brújula, trataremos ahora de ubicar algunas de las particularidades. Localizar los lugares en donde la resistencia al neoliberalismo

pudo ser intensa, pero que no logró en el marco del ascenso del progresismo, concretar una opción nacional popular. En el caso de México la característica es la aparición de la opción "autonomista" desde mediados de los años noventa, una práctica política que forjó un lenguaje y una comprensión de la lucha que trascendía la perspectiva de la conquista del Estado; el otro dato significativo es la tardía y lenta ruptura de la alianza dominante, solo concretada en 2018. En Colombia la marca es el ejercicio de la violencia sistemática en contra de la resistencia contra el neoliberalismo y los dilemas al seno de las alianzas dominantes sobre el eje del conflicto armado; la finalización —problemática— de ese escenario abre la perspectiva para que opciones electorales de izquierda finalmente tuvieran posibilidad de competir. Sin el elemento del conflicto, pero con un grave problema de corrupción enclavado en el corazón del Estado, en Perú la izquierda se ha mantenido relegada, haciendo finalmente una importante aparición con la candidatura de Verónica Mendoza en 2016, aunque la alianza electoral que la llevó a conquistar un gran caudal de votos, se evaporó debido a los conflictos internos. Solo posteriormente retornará de manera más clara.

La historia en Venezuela, Bolivia y Ecuador ha sido contada múltiples veces. Se trata de países en donde la conflictividad social escaló en su intensidad. Es conocido el episodio del "caracazo" (Herrera, 2011) como una inicial gran rebelión social contra el neoliberalismo; seguida del intento del golpe de Estado en el año 1992 (Mendoza, 2013) y finalmente la articulación política que Hugo Chávez lograra llevar al triunfo en 1999 (Ciccariello, 2014). En el caso de Ecuador, la movilización social se ha mantenido de forma intensa en la década de los noventa, haciendo renunciar a presidentes y construyendo alianzas políticas que incluían elementos indígenas importantes, siendo en este terreno uno de los más significativos de la región (Sanchez Praga, 2007). Bolivia, el país en donde la presencia indígena y la conquista de derechos, así como el binomio entre tradición-innovación política es más destacable, asistimos a grandes rebeliones de la sociedad en defensa

del agua (Salazar, 2011) y el gas (Orgaz, 2002), la creación de un “instrumento” electoral asentado en el viejo sindicalismo campesino y de liderazgos fuertes.

Finalmente, en lugares como Argentina y Brasil la situación es más ambigua. En la primera la movilización escaló en intensidad, llegando a estallar en 2001 una gran rebelión social que llevó al régimen político a la crisis; sin embargo, esta se encontró contenida por formatos bien conocidos —el sindicalismo, el estatismo social— y se encauzó en las mismas formas partidarias, solo la derecha ha logrado reinventarse partidariamente, en tanto que el “peronismo” sigue siendo esa bestia de dos cabezas en la que conviven posiciones de izquierda como de derecha, elementos tradicionales y modernos. Ello no evitó la aparición de experiencias de articulación popular que sirvieron como escuelas de la política: tal es el caso más conocido de las “Asambleas populares” o de las fábricas recuperadas y autogestionadas por sus propios trabajadores. En cualquier caso, la forma del sistema político fue recompuesta tras una prolongada crisis de legitimidad (Bonnet, 2015). En Brasil, la integración del Partido de los Trabajadores al sistema de partidos dirimió la protesta social, en el país donde existe una poderosa burguesía, pero también importantes movimientos sociales (los llamados “Sin Tierra” los más conocidos); en la nación económicamente más potente al sur, el conflicto no es tan intenso y la salida aparece como temporalmente negociada.

El primer *tiempo de los pueblos* remitía, como podrá imaginarse, a una frase enunciada por Juan Domingo Perón “la hora de los pueblos”: efectivamente, el siglo XXI en América latina comenzó con un intenso periodo de movilización, que pasó de la resistencia a la ofensiva y que alteró las coordinadas políticas locales y también, pronto, las regionales. Este periodo, sin embargo, tuvo su primer ciclo cuando un grupo de gobiernos comenzaron a surgir, expresando de alguna u otra forma, las ansias de cambio y transformación que se labraban en la sociedad.

3. El Estado como síntesis

Existe, sin duda, lo que podemos denominar como una “narrativa” estatista, entre quienes han buscado reflexionar sobre la especificidad de este tiempo histórico, ya sea para afirmar la centralidad de él o bien para desdeñar el conjunto de procesos que los habitan. El pasado reciente ha sido leído en la clave de su presencia o fortalecimiento y a partir de ahí se han construido críticas diversas, que van desde la que ejerce el autonomismo contemporáneo, hasta el reconocimiento de su incómoda necesidad por parte de fuerzas de izquierda, otrora opositoras a su actuar. Colocar el énfasis en él, no es casual, pues se ha vuelto el eje de articulación a partir del cual las fuerzas cristalizaron en determinados proyectos políticos tras la aparente derrota del neoliberalismo. Es preciso detenerse en este momento, bisagra entre el *tiempo de los pueblos* y *el reloj del poder*.

El neoliberalismo heredó múltiples consecuencias a partir de las cuales había que negociar el estatuto de la estatalidad. Una enorme paradoja, que las izquierdas no lograron teorizar, ni en el nivel político ni en el económico, salvo honrosas excepciones (García Linera, 2016): ellas se enfrentaron con la tarea de reconstruir el Estado en un contexto donde las opciones de despliegue de la soberanía eran por demás limitadas. A diferencia de quienes impugnaron el aparato estatal en el pasado (es decir, antes del periodo neoliberal), las tendencias vinculadas al “progresismo” se dieron cuenta de que el ejercicio del gobierno y la satisfacción de demandas de larga data pasaba por su reestructuración y en más de una ocasión, por su fortalecimiento. Atrás debió quedar —aunque no todos lo asumieron así— el utopismo de la extinción del Estado.

Esta reconfiguración no era sencilla, pues había que lidiar con las antiguas fuerzas desplazadas al campo de la oposición, pero también con los poderes reales, actuantes, que operaban libremente. ¿Qué significa, sin embargo, la idea de reconstruir el Estado? Varias tendencias se aglutinaron en esta perspectiva, destacando, a la postre, el tema de la corrupción como un eje fundamen-

tal. Vinculado a una forma de la acumulación de capital, la corrupción logró corroer estructuras de ejercicio de la ley, como moldear una cierta subjetividad social, cuyos efectos se dejaron sentir transversalmente en todas las coordenadas políticas. Basten algunos ejemplos que pueden ser ubicados en los últimos diez años: la llamada "boliburguesía", es decir, los nuevos ricos crecidos al amparo del chavismo, en gran medida lo fueron por las corruptelas del estado; el escándalo de la empresa brasileña Odebrecht que tocó tanto al izquierdista Lula como al derechista Felipe Calderón, para poner casos alejados ideológicamente. Finalmente, el único triunfo de la izquierda sobre el eje de su combate, que es el de López Obrador. La corrupción, su presencia y crecimiento es un signo claro del tipo de economía y de política que se despliega en la región.

Podemos retomar la idea de René Zavaleta Mercado, el sociólogo boliviano, para quien en un intento de comprensión de la dinámica nacional-popular en Bolivia, elaboró los principales conceptos a partir de los cuales pensar el estatuto del Estado y la sociedad. Para Zavaleta, en América Latina, existen dos tendencias que marcan el ritmo de la conflictividad política. Por un lado, quienes privilegian la "disponibilidad social", por el otro, quienes argumentan a favor de la captación del excedente como vehículo para la modernización de la gestión de los conflictos. Revisemos ambas ideas.

En *Lo nacional-popular en Bolivia* explora dos posibilidades de construcción del Estado y del conjunto de mediaciones que permitirían a la sociedad expresarse en él. Denomina el boliviano "disponibilidad social" a la forma radical o revolucionaria de la transformación social, en donde son los distintos grupos de la sociedad son los que logran impulsar ciertas transformaciones en las relaciones entre gobernantes y gobernados. La "disponibilidad social" refiere al proyecto que encarna como voluntad nacional-popular, que logra converger en un cambio del "sentido común". Se trata de la organización y movilización de amplios segmentos de la sociedad que conquistan espacios para el ejercicio de la soberanía. Se trata

de la proyección propiamente de construcción hegemónica.

En tanto, del lado conservador, se encuentra la perspectiva que privilegia la captación del excedente. Siguiendo una línea deudora de Paul Baran y Paul Sweezy, el concepto de excedente se moviliza como aquel que permite captar el sentido político de la riqueza social (Baran y Sweezy, 1968). La perspectiva en cuestión privilegiaría la inserción en el mercado mundial. Se trata, históricamente, de la tendencia que ha preferido una inserción subordinada a partir de la venta de materias primas para la obtención de un excedente a partir del cual mediatizar al conjunto de la sociedad. Se trata de una lógica conservadora en donde el dinero crearía poder social o hegemonía.

Es pertinente recurrir a la obra del boliviano, por la lucidez de su planteamiento, nos permitimos citarlo largamente en una página en donde sintetiza esta forma interpretativa de la que venimos hablando:

"Es cierto que sin el excedente de America no habria sido posible el propio mercado mundial y ni siquiera la reorganizacion politica del mundo, que fue siguiente a la revolucion de los precios. De aca mismo podia sacarse una doble conclusion. Por un lado, de que el excedente, en efecto, podia generar un estatuto de disponibilidad, de soltura y disposicion a lo diferente. Por el otro costado, que podia significar una agresion hacia las cosas y desorganizarlas. Es patente que el excedente por si mismo no significa algo sino en relacion a la sociedad previa a la que se refiere y por eso se dice que el oro de America empobrecio a Espana. Sea lo que fuere, es cierto que el conjunto del utillaje del Estado moderno tiene algo que ver con la nocion del excedente. Si por mediacion se entiende la transformacion de la furia del oprimido en una parte del programa del opresor, lo cual es despues de todo una relacion hegemonica, es obvio que la mediacion es tanto mas posible cuanto mas amplio es el excedente porque representar al Estado ante la sociedad y a la sociedad ante el Estado es algo que contiene dinero, prebendas o gratificaciones. Eso, no obstante, el excedente es, en primer termino, una medida relativa porque debe ser un excedente respecto a una medida historico-moral y, en segundo termino, el excedente por si mismo no hace sino una relacion de especie a genero hacia el tema de la disponibilidad. En el implantado dogma del excedente como unica forma

de disponibilidad posible radica la herencia del fondo mercantilista de la fundación española de América, tributaria siempre de los presupuestos del capital comercial. Debe decirse que, si bien la disponibilidad es el momento originario del Estado, por cuanto significa ofrecibilidad o maleabilidad general frente a una proposición, es algo que remata a la vez en una consecuencia dual: conservadora en un sentido, porque la idea de que la riqueza crea poder es una noción vertical, reaccionaria y elitista, en tanto que la disponibilidad generada por actos del pueblo, como voluntad de masa hacia la transformación, es un acto revolucionario. Estamos, por tanto, ante dos concepciones sobre el problema, la forma democrática de producción de disponibilidad y la forma vertical. Es cierto en todo que el excedente genera disponibilidad, pero esta, en el sentido de hombres dispuestos a la sustitución de lealtades, creencias y principios, ocurre de un modo aun más poderoso en torno a los actos de quiebra o rupturas literales de la rutina. El conflicto entre el principio de rutina y el de reemplazo de lealtades es el fondo de todo. En este sentido, América es un continente conservador porque cree más en la transformación por la vía del excedente que por la vía de la reforma intelectual.” (Zavaleta, 2012: 176-177)

Ambas perspectivas, por supuesto, no se expresan aisladas. En dado caso, la consideración que ahora realizamos involucra ambas dimensiones. Por un lado, la nueva perspectiva tomada por la izquierda latinoamericana, articulada a partir de una gran alianza que se denominó, genéricamente, como “progresismo”. Por el otro, las condiciones tras los desastres sociales en el período neoliberal. ¿Cómo se enfrentaron ambas perspectivas?

Podríamos señalar que existieron, al interior, dos tendencias. Esto ha sido señalado hasta la saciedad, pero no deja de ser importante. De un lado se encuentran los países que privilegiaron la “disponibilidad social” para generar a partir de ella un recambio en el manejo del excedente. Por el otro, quienes apostaron a la inserción en el mercado antes que a la movilización, la cual contuvieron y limitaron en la medida de sus posibilidades. Hablaremos primero de los países en donde al excedente se llegó por la vía de la “disponibilidad social” en este primer momento: estos países son Bolivia, Venezuela y en menor medida Ecuador. Aquí, lo que privó, fue un elemento de

movilización que posibilitó el reordenamiento del conjunto del Estado. El intento más radical en estos tres países fue el de una nueva modernización, en clave no neoliberal, de la totalidad de los aparatos de la gestión política y con ello pretensiones de modificación de las relaciones sociales. No es casual que sea en estos países en donde apareció un “nuevo constitucionalismo”, tal como señala en *El nuevo constitucionalismo en América Latina: memorias del encuentro internacional El Nuevo Constitucionalismo: desafíos y retos para el siglo XXI* (2010).

Frente a ello, un conjunto de países apostó más por una inserción favorable y negociada al mercado mundial, permitiendo que el excedente generara una aparente autonomía en el ejercicio del poder. Estos países son Uruguay y Brasil, quienes contuvieron y mediatizaron la movilización social durante un largo tiempo. El caso más evidente es el del gigante del sur, una economía tan grande como la del resto del continente, con un peso geopolítico por demás conocido. En el caso de Brasil, la incorporación masiva de los cuadros del Partido de los Trabajadores a la gestión estatal expresa uno de los procesos más grandes de transformación de una organización social en una burocracia estatal.

En medio, entre uno y otro, existe un caso intermedio, en el que tanto la “disponibilidad social” como la inserción favorable en las reglas del mercado mundial: Argentina. Este es sin duda el caso más estudiado en los tiempos recientes, pues expresa esta doble dimensión. Por un lado, la inserción por la vía de la producción de soya, por el otro, el enfrentamiento a partir de 2008 con la oligarquía, tras el intento de retención de la renta. El giro más “progresista” del gobierno de Néstor Kirchner se da en ese período, en donde para enfrentar la resistencia de los “señores de la soya” se recurrió a la movilización popular, el cual fue marcado por una política importante en materia de memoria y derechos humanos.

El balance, en cualquiera de las tres perspectivas aquí mencionadas, remite, sin embargo, a una paradoja: la tarea de la izquierda y su amplia alianza “progresista” consistió en la construcción

de una nueva estatalidad. Reconstruir el Estado, con su sistema de derechos y sus posibilidades del bienestar social, se convirtió en el *leitmotiv* para el intento de desarmar el conjunto de herencias tras el neoliberalismo. Sin embargo, la construcción de la estatalidad desde una perspectiva soberanista se enfrentó con un problema mayúsculo: *el reloj del poder*, es decir, la emergencia de una temporalidad que excede a la soberanía nacional.

Hasta aquí vale la pena preguntarse tanto por las tareas políticas asumidas por el progresismo, como por las condiciones de posibilidad de su realización. ¿Qué significaba que izquierdas electorales, con amplio caudal de respaldo, tuvieran que administrar los saldos de la crisis social legada por el neoliberalismo? ¿Fueron inercialmente llevadas a la reconstrucción de la estatalidad o lo hicieron con plenitud de lo que ello significaba? ¿Era cierto que la reconstrucción de esa estatalidad evitaría los conflictos con los sectores otrora dominantes o más bien estos eran tendencialmente inevitables?

4. De nuevo el *reloj del poder*

La pregunta que se impone es ¿Cómo construir una estatalidad soberana en tiempos de dominio del mercado mundial? Nos referimos al "reloj del poder" como el conjunto de dictados, condiciones, presiones e instituciones que marcan el ritmo del flujo del excedente y la riqueza dentro del mercado mundial.

La situación latinoamericana en la época del primer progresismo pasó por una condición envidiable a una de languidecimiento y final caída de los precios de las materias primas han sido la principal explicación para el ascenso y caída de estos gobiernos y sus políticas de obtención de derechos y bienestar social. Los diversos proyectos amparados bajo su nombre encontraron la posibilidad de cristalización o su derrumbe a partir del precio de los *commodities* (Schavelzon, 2015).

La hipótesis ha sido traída una y otra vez, fue esta situación, excepcional en el mercado mundial, la que permitió el ascenso de opciones sobera-

nistas. La captación del excedente actúa como el motor que permite movilizar fuerzas alternativas. Sin embargo, como se trataba de una situación excepcional, esta pronto encontró su fin.

Con la caída de los precios de las materias primas, pronto vino el lento desgaste del progresismo. La estatalidad que se construyó fue una precaria, no afianzada de manera perdurable y expuesta a los vaivenes del flujo económico. Ello explica la forma tan veloz en la que las conquistas y los logros de esos gobiernos se vinieron abajo, los triunfos se convirtieron en derrotas y los derechos adquiridos fueron evaporados. El signo de la época estaba marcado, no era ya más *el tiempo de los pueblos*, sino *el reloj del poder* el que imponía el ritmo.

¿Qué perspectivas se abrieron tras esta situación? Varias confluencias podrían ser ubicadas. Retomando el argumento usado por Zavaleta anteriormente, podríamos plantear que la "disponibilidad social", es decir ese estatuto de posibilidad democrática a partir de la movilización, es finito. La sociedad no puede estar movilizada permanentemente. Ella se agota y tiene que retornar a la cotidianidad despolitizada. Cuando en los países donde la "disponibilidad social" fue importante o significativa, no quedó otra cosa que la administración y gestión del gobierno. Esta tarea, pronto asumida como una militante de otrora dirigentes sociales, tuvo un colchón importante, un margen de maniobra relevante, a partir del precio de las materias primas.

La estatalidad precaria construida por el progresismo se asentó en una "autonomía relativa" del Estado ya sea con respecto del mercado mundial, ya sea con su propia sociedad. Este impulso, deudor de los ánimos de transformación de la sociedad tuvo múltiples facetas. La "autonomía relativa" con respecto al mercado mundial fue posible en países que contaban con *commodities* que tuvieron precios más altos, tal es el caso de Bolivia a partir del litio o de Brasil a partir de la soya. En cambio, otros países tuvieron menor capacidad de captación de excedente cuando los precios decayeron, siendo ejemplos Venezuela con el petróleo o el de Argentina, quien perdió

el primer lugar como productor de soya. No es casual que la oposición al progresismo en ese país tuviera como bandera la eliminación de las retenciones, por parte de los “señores de la soya”.

Sin embargo, esta hipótesis resulta demasiado economicista. Se trataría entonces de una visión en la que el excedente determinaría siempre la perspectiva política, independientemente de las sociedades. Es ahí —en la dimensión política— en donde se muestra con mayor claridad las múltiples variables que juegan en el interior de la sociedad, no todas ellas asociadas directamente al problema del excedente.

Se podría afirmar, utilizando de nuevo la perspectiva de Zavaleta, que el “progresismo”, en sus distintas variantes, intentó que el conjunto del Estado se encontrara por delante incluso de la sociedad:

“El Estado puede, en rigor, tener una determinación mas nacional-popular o si se quiere mas societaria, enfrentado a sectores menos democraticos de la sociedad (y, en los hechos, el Estado ha estado mas de una vez por delante de la sociedad) y, sin duda, por cuanto aqui se siente mas el principio de la centralizacion, puede encarnar lo nacional contra sectores antinacionales de la sociedad. La sociedad civil, a su turno, puede tener un grado importante de prolongacion hacia el Estado.” (Zavaleta, 2012: 191)

¿Qué quiere decir esto? Que en gran medida la frustración de los procesos progresistas encontró en la determinación de una sociedad que avanzaba más lento un gran problema. Es decir, un sector de la sociedad civil se mostró más proclive a preservar el orden neoliberal, y dispuso la defensa de las oligarquías y las transnacionales, por sobre la construcción de Estados soberanos. Esta doble dimensión terminó por desgastar, en gran medida, la capacidad de construcción de un nuevo sentido común y una subjetividad política distinta.

El progresismo se vio aprisionado, por un lado, una “disponibilidad social” que fue de la intensidad a grados mínimos de existencia. Por el otro, una pérdida de capacidad del excedente, que operó en su mejor momento para reconstruir una estatalidad precaria. Finalmente, el desgaste

y el fin de la bonanza, atravesada con la reactivación de los sectores menos democráticos de la sociedad que también se movilizaron y lograron articulaciones inéditas —como una fuerte actividad en los grupos evangélicos— hasta finalmente reconquistar sus espacios perdidos en el aparato del Estado.

5. Ya es un nuevo tiempo el presente

Las variaciones políticas se aceleraron de manera dramática entre 2016 y 2022. En menos de seis años el rostro ha cambiado radicalmente. Al hecho de que el mundo entró en un periodo de declive económico generalizado tras una pandemia, debemos sumar el reajuste en el modo de acumulación. Se apunta, de manera tenue, a un abandono del neoliberalismo como mecanismo fundamental de la reproducción social.

Esto no implica el abandono de todas las políticas o prácticas asociadas al modelo, sino su reconfiguración gradual. América Latina ha sido el continente que decididamente ha entrado en este periodo. En el segundo *tiempo de los pueblos* hemos asistido a varias innovaciones en la cultura política latinoamericana, así como al reavivamiento de algunas de ellas.

En primer lugar, tenemos la superación de golpes de Estado o “lawfare” que han ocurrido en Bolivia y Brasil. Se trata de dos países claves en la perspectiva de la política latinoamericana. El primero por tener un asentamiento fundamental en la búsqueda de políticas neoliberales. El segundo por ser la mayor economía del mundo. Bolivia eligió presidente en 2020 y Brasil en 2022. Se trata de dos derrotas electorales a golpes de fuerza que se impusieron como mecanismo de contención de los avances.

En segundo lugar, tenemos que considerar la figura de la revuelta social. Su reaparición en el escenario latinoamericano devuelve centralidad a las masas en movimiento. Su ferocidad e irradiación tienen consecuencias diversas. Tanto en los casos de Ecuador y Chile en 2019 y Colombia en 2021, muestran la vitalidad y potencialidad de contingentes sociales en la calle. Sus resultados

son ambiguos, por supuesto, pero no demeritan el accionar de grandes mayorías que hacen estremer las estructuras políticas de largo plazo.

Finalmente, en tercer lugar, el segundo *tiempo de los pueblos* involucra de nuevo la dimensión electoral. Triunfos electorales importantes, marcados por una dimensión alternativa y/o plebeya acontecieron. En 2018 México finalmente tuvo un giro, tras el desastre social neoliberal, de la mano de López Obrador. Con un discurso que cuestionaba a los mediadores sociales, las clases medias y las oligarquías, AMLO configuró un discreto discurso regional que ha logrado potenciarse con el tiempo. Su postura de una gradual reforma del sistema político aventura una ruta del nuevo progresismo, en gran medida posible por la disponibilidad social y el grado de autonomía en el mercado mundial, que se acompañó de un manejo hábil de la relación con Estados Unidos. En julio de 2021 en Perú el profesor Pedro Castillo logró, no son dificultades, vencer al neoliberalismo dominante en dicha nación. Con menos capacidad política y organizativa, su triunfo implica una vuelta plebeya de una nación con una profunda tradición popular. En noviembre de ese año Xiomara Castro venció en las elecciones hondureñas, dando un giro radical después del golpe a Manuel Zelaña en 2009. El triunfo de Castro implica la instalación de un islote progresista en una centroamérica tirada a la derecha, aderezada con una perspectiva de género nada despreciable en un entorno marcado por la reacción contra los movimientos de mujeres. Finalmente, en julio de 2022 el triunfo de Gustavo Petro —la izquierda del liberalismo— marcó el sello que ahogó la Alianza Pacífica de cuño neoliberal, capitalizando la firma de la paz y mandando un simbólico mensaje en un país intervenido tradicionalmente por los Estados Unidos. El triunfo de Petro, aunque débil en términos de su capacidad de autonomía, envía una señal de la urgencia de cambios, quizá mínimos, pero importantes: una reforma fiscal (parecida a la mexicana), una reforma agraria inicial, con la novedad de una política ecológica alternativa, así como la inclusión de sectores tradicionalmente excluidos.

El caso chileno sale del guion. Pues aunque el triunfo del joven político Gabriel Boric es relevante, la derrota de la propuesta constitucional parece dejar al país andino en un impasse político, cercado por las izquierdas tradicionales (Concertación), las nuevas derechas, pero con un marco signo de deterioro social tras la revuelta. Chile, cuna del neoliberalismo, se encuentra en una crisis profunda, que no vislumbra un cauce claro.

6. Aproximación final: el tiempo de la política

En términos marxistas estamos ante una reconfiguración del modo de acumulación de capital, que involucra la crisis del antiguamente dominante (el neoliberal) con un reajuste en las claves del modo de regulación social. Nuevas formas de estatalidad se vislumbran en el horizonte. El parto de todas ellas depende de correlaciones internas de fuerza. Siguiendo a Althusser, la coyuntura traza una línea de demarcación evidente entre quienes aún aspiran a la restauración del moribundo orden neoliberal y quienes aspiran a la construcción de un desconocido orden posneoliberal. Con Gramsci, podemos imaginar un orden basado en una relación de fuerzas ambigua, pero cristalizada en una relación muy distinta entre Estado y Sociedad civil que da pie a una nueva hegemonía política, económica y social. En esta última, las fuerzas autonomistas no tienen un papel relevante, como si lo tienen las que aspiran a la reconstrucción de las erosionadas formas de la soberanía.

Independientemente como se le evalúe, las últimas décadas marcan la incidencia del *tiempo de la política*, aquel en donde las sociedades se presentan como protagonistas fundamentales, tanto frente al imperio del mercado como de quienes expropiaron los sentidos de la democracia en los años posteriores. Estas dos décadas, más allá de las evaluaciones, muestran la pertinencia de pensar el conflicto como elemento constitutivo de la política.

Referencias

- Baran, P. y Swezzy, P. (1968). *Excedente económico e irracionalidad capitalista*. Buenos Aires: Pasado y Presente.
- Bonnet, A. (2015). *La insurrección como restauración: el kirchnerismo 2002-2015*. Buenos Aires: Prometeo.
- Ciccariello, G. (2014). *We created Chávez*. Duke University Press.
- Ecuador, C. C. (2010). *El nuevo constitucionalismo en América Latina: memorias del encuentro internacional El Nuevo Constitucionalismo: desafíos y retos para el siglo XXI*.
- Elías, A. (2006). *Los gobiernos progresistas en debate*. Buenos Aires: Clacso. En línea: [enlace](#).
- García Linera, A. (2016). El estado en transición. bloque de poder y punto de bifurcación. En *El Estado campo de lucha*, pp. 9–42. Buenos Aires: Clacso.
- García Linera, A. (2017). ¿fin del ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias? En línea: [enlace](#).
- González, E. (2016). *América Latina entre los siglos XX y XXI: ascenso de nuevos movimientos sociales*. La Habana: Editorial Félix Varela.
- Herrera, E. (2011). *Ficción y realidad en el Caracazo: periodismo, literatura y violencia*. Caracas: Monte Ávila. En línea: [enlace](#).
- Marx, K. (2003). *Trabajo asalariado y capital*. Madrid: Fundación Federico Engels. En línea: [enlace](#).
- Mendoza, J. R. (2013). *4F: quiebre societal, bolivarianismo y revolución*. Caracas: IPASME.
- Ominami, C. (2017). *Claroscuro de los gobiernos progresistas: América del Sur: ¿Fin de un ciclo histórico o proceso abierto?* Santiago: Catalonia.
- Orgaz, M. (2002). *La guerra del gas: nación versus Estado Transnacional en Bolivia*.
- Rauber, I. (2012). *Revoluciones desde abajo: gobiernos populares y cambio social en Latinoamérica*. Colombia: Peña Lillo.
- Salazar, F. (2011). *Movimientos sociales en torno al agua en Bolivia: privatización e insurrección social en la guerra del agua en Cochabamba*. Cochabamba: UMSS-ASDI. En línea: [enlace](#).
- Sanchez Praga, J. (2007). *El movimiento indígena ecuatoriano: la larga ruta de la comunidad al partido*. Quito: Centro andino de acción popular. En línea: [enlace](#).
- Schavelzon, S. (2015). El fin del relato progresista en América Latina. *La razón*. En línea: [enlace](#). 22 de Junio.
- Svampa, M. (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo: gobiernos progresistas, extractivismo, y movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa. En línea: [enlace](#).
- Zavaleta, R. (2012). *Obra completa*. La Paz: Plural.
- Zibechi, R. (2013). El territorio como espacio emancipatorio. *La Jornada*.